

Estudio paralelo del suicidio en el Ecuador como proceso ritual de significación

Nombre: Lorena Campo Aráuz

Afiliación: Docente de la Universidad Politécnica Salesiana de Ecuador. Doctoranda de la Universitat Autònoma de Barcelona y la Universitat Rovira i Virgili. Becaria de la Senescyt (Ecuador) y de la Fundación Carolina (España).

Dirección electrónica: acampo@ups.edu.ec

Resumen

Pese a que la muerte es un estado generalizable, no está exento de conflictos y divergencias al ser narrado socialmente. En este artículo se presenta la manera en que el fenómeno del suicidio puede estudiarse desde los sentidos otorgados al mismo desde la perspectiva de los actores sociales implicados dentro de un proceso ritual de significación. La muerte autoinflingida provoca diversas reacciones colectivas, de acuerdo al sujeto que lo interpreta y su contexto cultural, dando cuenta de esos contrastes explicativos. Es un tema tratado desde distintas disciplinas, geografías y temporalidades. En el caso específico de Ecuador abordar la temática, paralelamente desde dos perspectivas complementarias como la Antropología y la Psicología, es un intento por entender algo más del fenómeno multicausal que afecta a una parte importante de la población joven del país sudamericano.

Abstract

Although dead is a generalizable state, it is not free of conflicts and divergences when narrated socially. This article presents the way in which the phenomenon of suicide could be studied based on the meanings given to it from perspectives of social actors implied within a ritual process of signifying. The self-inflicted dead causes different collective reactions, which depends on the individual interpreting and his/her cultural context; this also accounts for those contrasting explanations. It is a topic discussed by different disciplines, geographies, and time periods. In the particular case of Ecuador, dealing with this subject from two complementary perspectives is an attempt to understand more about the multi-causal phenomenon that affects an important sector of the young population of this South American country.

Introducción

No hay nada más radicalmente vinculado a la vida que la muerte. Estado al que todo y todos llegaremos en algún momento. Pero en ciertos lugares todavía es un tabú referirse a ello, no es que sea un tema demasiado “agradable”, aunque llamativo sin duda. Se quisiera evitar mencionarla o peor, experimentarla. Cuando Mary Shelley nos entregara en 1818 *Frankenstein o el moderno Prometeo*, ya avizoraba ese deseo desesperado de la ciencia por

suprimir y superar la muerte, pese a los avances el desenlace feliz aún no se encuentra. Mientras sigan en ese frenético trabajo por detener el tiempo, superar las enfermedades y retardar la llegada del “fin de la vida” las sociedades actuales se estremecen al escuchar historias inexplicables de gente que muere inesperadamente, más aún si lo han provocado “por voluntad propia”. No es comprensible para la mayoría que mientras se hagan esfuerzos innombrables por sostener la vida por sobre todas las cosas (tratamientos invasivos al cuerpo, dietas, experimentos, comercialización de dispositivos de seguridad contra cualquier eventualidad y demás luchas por la supervivencia) haya gente que se mate por su mano propia. Si nos tomáramos en serio la “mala fama” que nos han dado a los antropólogos como perseguidores de lo exótico, de mundos “otros”, con lo expuesto bastaría para justificar el interés en investigar ese oscuro tránsito de los desclasados suicidas. Ojalá fuera tan simple.

De una manera u otra, la indagación del fenómeno del suicidio me ha rondado desde hace algunos años, tal vez porque es algo que está presente en la sociedad en la que me he desarrollado espacial y temporalmente. Desde los años de estudio para licenciarme tanto en Antropología (2008) como en Psicología (2010) me ha interesado explorar la conducta suicida y he tenido oportunidad de investigarla desde algunos escenarios. Como estudiante de Psicología (siendo ya licenciada en Antropología) me fue encargado en mis años de prácticas el diagnóstico cultural de la parroquia de Lloa, ubicada en el valle del volcán Guagua Pichincha, al sur occidente, a 12 kilómetros de Quito. La investigación obedecía a un proyecto de intervención en crisis proveniente de la misma comunidad preocupada por casos de suicidio entre jóvenes (principalmente, aunque también hay casos de ancianos) de la población. De ahí que el trabajo de prácticas haya exigido una doble dirección: investigación social e intervención psicológica.

En el año 2012 se retomó el proyecto, esta vez desde el rol de docente investigadora de la Universidad Politécnica Salesiana. En aquella ocasión se llegó al diagnóstico que los suicidios formaban parte de los cambios y conflictos sociales-familiares en la zona. También influyen los cambios socioculturales, que también obedecen a factores externos, como el turismo en expansión y el contacto directo que los jóvenes tienen con el mundo urbano, en contraste con lo rural, que los espera los fines de semana junto a su familia. Además, en el caso de los ancianos, ya no se sienten parte del grupo social productivo, generador de iniciativas, despojados del poder doméstico, por lo que algunos se han suicidado o lo han intentado.

Más adelante, en el 2011, realicé una investigación sobre pérdida y duelo en pacientes internalizados con Hansen (lepra) para la finalización de los estudios de Especialista

Superior en Derechos Humanos. Gente que durante 30, 40 años había vivido el encierro institucional por su enfermedad estigmatizada. La sobrevinculación que tienen estas personas con el hospital que los acoge implica uno de los mecanismos que encontraron para sobrellevar la pérdida de su identidad, de su esquema corporal, de su ámbito cultural, económico, familiar. Separados del escenario social que los autoconstituye, solo les quedan dos caminos reconstruirse o autoeliminarse. Aquí tuvieron mucho que ver las creencias religiosas para que estas personas evitaran el camino del suicidio (aunque pensaran muchas veces en él, los jóvenes actualmente lo han cometido según algunas informaciones); y por otro, les permitió justificar su sufrimiento como encargo divino, retomando lo que históricamente se ha marcado como enfermedad-castigo. Allí se identificó que los procesos de duelo estaban íntimamente ligados a los tipos de pérdidas. Según el sentido que se den a las pérdidas, serán expresados los procesos de duelos, sus ritualidades. Esto se recoge en el libro publicado sobre el tema: *Despedirse de uno mismo* (2012).

Siguiendo con la exploración de los factores ligados a la conducta suicida, realicé una investigación para el Master en Estudios de la Cultura (2012-2014) sobre testimonios de personas diagnosticadas con trastorno bipolar que presenta una automirada del potencial suicida. Testimonios acerca del dolor existencial, que lleva a ciertas personas a desear “descansar” y solo la muerte, según su criterio, puede llevarles a dicho estado. En este estudio se hallaron relaciones entre cultura y sentido sobre la vida-muerte y ritualidades de enfrentamiento a estas. Mientras que el diagnóstico de trastorno mental mismo es una categoría que corresponde a ciertas sociedades y que buscan dotar de significado a las conductas que están fuera de la normativa social.

Y otro factor ha sido mi trabajo como psicóloga en atención clínica a pacientes con depresión, ideación o tentativa suicida y que me ha obligado a intentar ligar mis dos perspectivas profesionales hacia la comprensión del fenómeno en cuestión.

Antecedentes explicativos.

En todo el mundo y a lo largo de la historia, es posible encontrar investigaciones o explicaciones acerca del tema del suicidio. En los orígenes del uso del término se encuentra que el término suicidio es empleado desde un latín con visión moralista a finales del siglo XII y adoptado al inglés a mediados del XVII. Y “hasta 1817 que la Real Academia de la Lengua Española admitió dicha palabra” (Hinojo, 1998; Pérez, 2002; Staples, 2012). Para la Roma antigua era una muerte voluntaria, cargada de honor y valentía. Es decir, la manera de

nombrar ese acto concuerda con la valoración social que se haga del suceso. En Japón, por ejemplo, en el código de honor samurái lo llamarán seppuku o harakiri por el ritual de corte en el vientre.

María Cátedra retoma las críticas de Rosenblatt (1976), Palgi y Abramovith (1984) al asegurar que existe una escasa producción directa de trabajos etnográficos en el abordaje del tema de la muerte. Por lo general, pese al estrecho vínculo que son capaces de establecer, los antropólogos presentarían descripciones lejanas a la situación de las personas, centrándose en los cuerpos y sus disposiciones funerarias. Una especie de tabú, tal vez por respeto a las emociones que se expresan en los sujetos con los que se trabaja en campo o porque no son trasladadas a los documentos publicados.

En todo el mundo y a lo largo de la historia, es posible encontrar investigaciones o explicaciones acerca del tema del suicidio. En la actualidad la Organización Mundial de la Salud es considerada la instancia máxima de estudio sobre el fenómeno como un problema de salud pública grave. En un informe de la OMS (2014), si bien se reconoce la importancia de estudiar la diversidad cultural para comprender dicho fenómeno, se describe una lista de factores de riesgo comunes para la conducta suicida en la mayoría de sociedades:

- 1) Riesgos colectivos: desastres, guerras y conflictos armados, estrés por aculturación, especialmente en población migrante, indígena o desplazada; discriminación social; violencia y relaciones conflictivas y sensación de aislamiento.
- 2) Riesgos individuales: intentos previos de suicidio, trastornos mentales, consumo de alcohol y tóxicos; crisis financieras; enfermedades crónicas y antecedentes familiares.

Por ello, si bien el suicidio se suele asociar al ámbito de la salud (mental) y de terreno administrativo científico de la Psiquiatría o la Psicología, esto no quiere decir que se encuentre por fuera de la comprensión de la cultura y el contexto social. Así lo ha entendido la American Psychiatric Association (2013) en el manual DSM V, en el que presentan un capítulo sobre la importancia de la *formulación cultural*, pues se entiende que “comprender el contexto cultural en el que se experimenta la enfermedad es esencial para una evaluación diagnóstica y un manejo clínico eficaces” (2013, 749). Y visto como producto de enfermedad o categoría de comportamiento social “anómalo” es que el suicidio aparece como situación de relevancia para el estudio en Ciencias Sociales. El Suicidio (1897) de Emilie Durkheim es un referente clásico ineludible y es siempre una inspiración para tratarlo fuera del ámbito médico-psiquiátrico, ampliando el espectro de análisis. En esta línea, el autor realiza una definición del suicidio como “todo caso de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

caso positivo o negativo, realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producir este resultado” (1965, 5). Esta explicación centra el interés en la intención de la persona, estableciendo una distinción con aquellas muertes en donde la víctima no es el agente de su propia muerte o lo es pero en un estado de inconsciencia, porque la razón es más bien debida a algún factor externo, colectivo, fuera de control.

Dentro de la disciplina antropológica se han hecho algunas referencias en ciertos estudios etnográficos clásicos, de las que se desprenden, a grandes rasgos, tres líneas explicativas:

La primera, el suicidio como una forma de venganza (del suicida hacia alguien cercano o hacia su grupo, como sucedería entre los shuar), así lo aseguraba el antropólogo Michael Brown (1986). Bronislaw Malinowski presentó una explicación similar sobre comportamiento de los nativos de las islas Trobriand en *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje* a principios del siglo XX. Siendo funcionalista, el padre del trabajo de campo veía que el suicidio tenía la función de remarcar la trama de derechos y obligaciones sociales. También se ha analizado el suicidio colectivo de grupos indígenas que luchan por el acceso a la tierra en Brasil (Dal Pozo, 2000), es decir, como un elemento de respuesta política a la desigualdad del poder de decisión.

Según la segunda explicación, el suicidio sería una forma de “enfermedad” que “cae” sobre una comunidad, especialmente indígena, la cual explica esta forma de muerte como una posesión espiritual y no como una decisión tomada libremente por el sujeto (Alfred Metraux: 1943). En esta línea explicativa, Brown (1986) observó que el suicidio femenino entre los Aguaruna se relaciona básicamente con crisis de pareja (por ejemplo, adulterio) que desencadena el acto suicida como medio de castigo hacia el marido infiel, un mecanismo encubierto de dominio, poder y control desesperado, que convierte al hombre en un “muerto social” que enfrenta el desprecio de la comunidad. También es claro que las mujeres en dicha sociedad disponen de una menor capacidad para realizar sus metas personales, teniendo un papel marginal (cuestionando la tendencia a idealizar a los sistemas culturales). También como un desenlace de tensión y desequilibrio en el ámbito grupal causado por la enfermedad (Cátedra, 2000).

Es decir, este enfoque nos ayuda a ver la complejidad que rodea al suicidio, advirtiendo los alcances y limitaciones del análisis antropológico en el estudio del suicidio para proporcionar elementos teórico-prácticos para la discusión de la pertinencia de investigaciones interdisciplinarias. Esta noción de “posesión” y “enfermedad” aparece entre los wichí del Chaco argentino (Rodríguez Mir, 2006) y también entre los shuar de Ecuador (Juncosa,

1999). En Brasil los *suruaha* describen un proceso de autoeliminación como producto del *mazaru bahi*, un hechizo de muerte, pero también por muerte *kunaha bahi* o por ingestión de savia de timbó (Aparicio, 2008) y la muerte sucede siempre dentro de la casa y se convierte en un drama colectivo por los intentos frustrados por salvar la vida de la víctima (Dal Pozo, 2000). Descripciones similares a los que se hacen en documentos psiquiátricos, pero desde otro tipo de lenguaje y lógica.

Una tercera explicación afirma que el suicidio en el mundo indígena es producido por la invasión de la cultura occidental (Dal Pozo, 2000) (Rodríguez Mir, 2006). Así, se han descrito, por ejemplo, los múltiples casos de suicidios entre jóvenes indígenas de las fronteras colombianas (Unicef: 2012). Asimismo, se atribuye a los efectos nocivos de la idea de progreso y distribución desigual de la riqueza a que varias personas se suiciden como efecto secundario de la intoxicación por químicos utilizados en los cultivos de poblaciones en vías de desarrollo, como en el caso de Wamaní en la Amazonía ecuatoriana en la que se reportan suicidios en las plantaciones de naranjilla (Acción ecológica, 2013). Todas las explicaciones aparecen como indicios de relatos de significación del suicidio; formas de interpretar y representar el fenómeno desde la vivencia de los actores sociales. Es la llamada "muerte evitable" por las asociaciones para la prevención del suicidio (OMS, 2014), muerte violenta, atentado contra la vida por unidades de seguridad pública.

Según la OMS (2014) aproximadamente un millón de personas se suicidan en el mundo, pudiendo llegar a un millón y medio en el año 2020. Asimismo, la tasa anual de muertes autoinflingidas en Ecuador ha subido del 2% al 6% en los últimos quince años. Según estos datos, se registran más suicidios consumados de hombres, en relación a mujeres, subiendo la tasa cada año en un 9%, mientras que las mujeres en condiciones de violencia e inferioridad superlativa tienden a autoeliminarse tanto como sus compañeros masculinos. La tentativa suicida sigue siendo de predominancia femenina (2014).

Todas ellas, junto a muchas otras, son explicaciones sociales. Aunque la información llegue a un cierto porcentaje de la población, son engendradas desde un contexto específico. El suicidio es un tema que se ha tratado en varios ámbitos, buscando la causalidad (como enfermedad, desviación, pecado), describiendo las características emocionales (en el campo de la psiquiatría y la psicología), como cumplimiento o desvío de las normas éticas, germen de obras y genios artísticos; la víctima o el acto voluntario máximo de expresión de la libertad; como renuncia o pérdida de la vida, acto de honor, amor, fe rebeldía, pero también como sinónimo de cobardía y desamparo. En tal caso, uno de los objetivos de esta investigación será evidenciar que el suicidio no es, de manera alguna, un terreno homogéneo

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

y estrecho, sino todo lo contrario. Existen varios tipos de suicidios y por ende varios suicidas y relatos de significación que los acompañan.

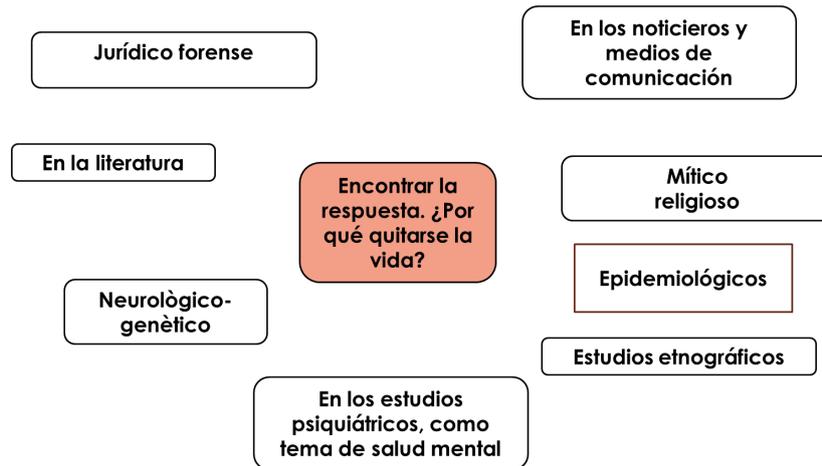
Dentro de esa heterogeneidad de discursos sobre el tema encontramos aquellos que pretenden caracterizarlo como hechos que son producidos por particularidades que permiten enlazar el tipo de muerte con la forma de vida que llevó el que cometió el acto suicida. Así, en los estudios epidemiológicos existe la tendencia a remarcar los rasgos específicos que dan lugar a una conducta suicida determinada por: lo social (Durkheim, 1965) (Dal Pozo, 2000) (Brown, 1986), económico (Acción ecológica, 2013), características étnicas (Corpas, 2011), corporales, genéticas, sexuales (Zhang, 2015) históricas (Sáenz, 2011), políticas (Dal Pozo, 2000), sociodemográficas (Arias, 2010) (Gutiérrez, 2010) (Hagaman, 2013), psicológicas y judiciales (Sinyor, 2013) (Thomas, 1991).

Ya en los inicios del trabajo de campo para esta investigación se han encontrado estos discursos entremezclados y que dan cuenta de un mundo interpretativo específico que delinea la comprensión del fenómeno suicida. Por ejemplo, un sociólogo en Quito hablaba que “oficialmente” las tasas es lo que importa. “Si la tasa es solo del 6.5% no tan alta, hay problemas más urgentes como la pobreza. Si se matan unos cuantos, no pasa nada” (Quito, 2015). Es como si se fragmentara el espacio vital de las personas, separando aquello que se considera estadísticamente relevante de lo que es menos cuantificable, propio de la mirada epidemiológica.

Al ser considerado un modo de morir distinto a los demás, entra en el ámbito de manejo policial, cuyo registro exige la intervención de agentes que deben realizar una investigación forense. En Ecuador existe una unidad de investigación criminal sobre los delitos contra la vida y muertes violentas que se encarga de la primera fase de significación social del suicidio. Como expresó un policía al ser consultado sobre el asunto: “en estos casos, el suicida es a la vez la víctima y el victimario del delito” (Quito, 2015).

De la revisión bibliográfica se deriva que en este mundo gigante y disperso de la comprensión del suicidio se perciben “bloques explicativos”. El primero es el del suicidio como “fenómeno”: de los medios comunicacionales (crónica roja, reportajes, noticieros); de salud (producto de enfermedades, desequilibrios, rasgos patógenos); etnográfico (mecanismos de venganza, enfrentamiento al poder, actos de posesión); sociológico (tasas ligadas a la relación entre individuo y su nivel de inclusión social); epidemiológico (descripción de constantes de actos suicidas en espacio geográfica e históricamente determinado); jurídico-forense; literario/artístico (obras de suicidas y/o que tratan sobre el

tema). Al ser considerada una muerte distinta a las demás, porque es buscada, los reportes que se publican parecen anclarse en hallar su causalidad, para otorgarle un sentido dentro del campo semántico conocido y saber cómo proceder ante ello.



Hace poco tuve la oportunidad de asistir a la trigésima tercera edición de la "Giornata Mondiale per la Prevenzione del Suicidio 2015" en la Universidad de Roma La Sapienza en Italia (septiembre 2015). Allí se presentaron varias investigaciones desde distintos enfoques que pretenden dar luces a la comprensión del fenómeno del suicidio. Considerando que es multifactorial, intentaron cubrir todos los aspectos para tratar de dar una explicación más concreta a modos directos de prevención de muertes autoinflingidas. Estudios neurológicos, genéticos, psicológicos, farmacéuticos, forenses, epidemiológicos, forenses, de los *mass media* e incluso de reflexiones filosóficas-existenciales y religiosas sobre el sentido de la vida.

Todos apuntaban a tratar los llamados "factores de riesgo" que la OMS ha señalado en su último informe (2014), evidenciando los esfuerzos que investigadores de todo el mundo hace para entender al fenómeno desde sus respectivas especialidades. No obstante, uno de los expositores, Diego De Leo (Roma, 2015) advirtió en su conferencia sobre la importancia de miradas interdisciplinarias para atender el ámbito cultural del suicidio, cuya demanda surge de la corriente crítica de la suicidología. Aspecto al que espero referirme con mayor detenimiento en futuros documentos.

En el campo de la literatura, el arte y lo religioso, también existen expertos que generan conocimientos, pero estos generalmente son más cercanos a la cotidianidad y uso sociales. Por ejemplo, es más fácil estar familiarizado con los actores o músicos famosos que se han suicidado como Kurt Cobain o Robin Williams, que con los estudios publicados en revistas de

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

alto impacto para la comunidad científica. Por eso, incluso se ha hablado de la posible relación entre la información proporcionada por los medios de comunicación y el suicidio por imitación, lo que se conoce como el efecto Werther porque a finales del siglo XVII se presentarían varios casos de suicidio en jóvenes que habían leído la novela "Las penas del joven Werther" de Johann Wolfgang von Goethe (Müller, 2011). En Ecuador hay antecedentes de esa supuesta atracción por "contagio" con la prohibición en la época colonial española del uso de la *ocarina*, un instrumento aerófono de timbre muy dulce, hecho de barro y cuyo sonido se asociaba a casos de suicidio. Así como los pasillos interpretados por el popular cantante guayaquileño Julio Jaramillo que recuerdan los poemas de Medardo Ángel Silva, miembro de la denominada Generación Decapitada porque los escritores del modernismo ecuatoriano se suicidaron muy jóvenes. Es algo que recuerda lo que sucedía con la canción "Gloomy Sunday" de Rezső Seress, a la que se le atribuyera una epidemia de suicidios en Hungría en las décadas de 1930-1940 (Stack, 2008). Algo que en la cultura occidental posterior vería repetirse con la acusación de inducción al suicidio a grupos de heavy metal como Black Sabbath con su canción "Suicide solution" (1980) o Megadeth con "À tout le monde" (1995), entre otros muchos.

Pero la referencia al tema no se limita allí, pues el ámbito religioso, al menos en nuestras sociedades, lo tendrá muy en cuenta. Así, solo para nombrar un texto, en la Biblia se encuentran varias alusiones a personas que se quitan la vida de diversos modos (la importancia del método), por distintos motivos y con una imagen particular para cada uno. Tenemos los suicidios de: Saúl, Abimilech, Sansón, Ajitofel, Zimri, Eleazar-Abarcín, Tolomeo-Macrín, Razis o Judas Iscariote (Pérez Barrero, 2002). Cada uno con su motivación específica. Así, no es igual el suicidio de Sansón que le permite redimirse, al de Judas que remarca el destino del traidor máximo, invadido por la culpa. En la línea de intercambio entre literatura y pensamiento religioso nos encontramos con "La Divina Comedia" de Dante Alighieri, escrita en el siglo XIV y publicada en 1472, donde se describe uno de los sitios del purgatorio como "el valle de los suicidas", que se encuentra en el séptimo círculo del infierno, sitio donde los violentos contra sí mismos son atormentados (2012). Todo esto contribuye a formar los relatos que se construyen alrededor de la imagen del suicida.

Los estudios paralelos del suicidio como proceso ritual de significación.

Como se vio, la tasa de suicidio en el Ecuador es de 6%, con más casos en niños y jóvenes. Según un informe del Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana en la ciudad de

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

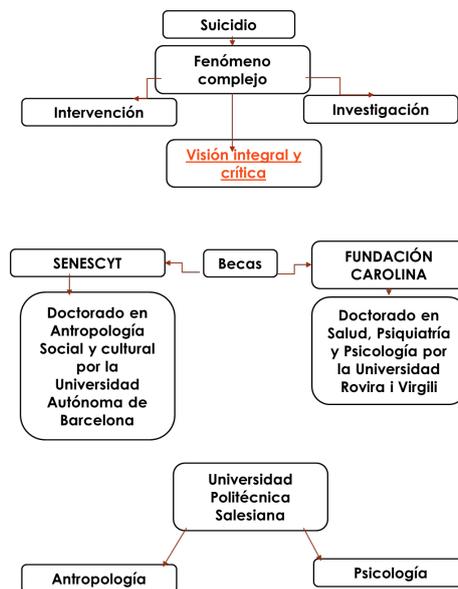
Quito la tasa de suicidio es del 9% en el 2014, cifra parecida al del 2015, superando a los casos de homicidio. De los 154 casos registrados en ese año, el 79% fueron hombres y 24% mujeres. El método más utilizado fue la ahorcadura (OMSC, 2014). Por eso es relevante empezar una investigación sobre el fenómeno en esta ciudad, que es la capital del Ecuador.

En Ecuador el suicidio está particularmente presente entre la población adolescente, joven y masculina, que se expresa de diversa manera según el espacio geográfico, étnico, económico, etc., sin que hasta el momento sea posible entender lo que está sucediendo. Entenderlo implica vincular recursos interdisciplinarios, tales como la Antropología y las disciplinas dedicadas al estudio del comportamiento, tales como la Psicología, donde la posibilidad de acceder a su significado se conecta con las políticas públicas de intervención social en salud mental que incluye elementos preventivos y de posterior atención psicológica y acompañamiento en el duelo. En este aspecto, me serviré de mi doble formación profesional como antropóloga y psicóloga para estudiar, en paralelo, dos fases de comprensión del suicidio.

Se parte de aquellas indagaciones realizadas en el pasado para explorar el mapa de significaciones que la sociedad en Quito-Ecuador otorga a los suicidios, vistos como procesos rituales de paso entre la vida y la muerte. Además de considerar las diferentes formas de clasificar los actos suicidas desde las distintas estancias sociales vinculadas con la temática. Como una rama distinta del mismo árbol del estudio del suicidio, aparece la investigación psicológica que desarrollaré en Quito. Aunque ésta corresponda a estudios doctorales en una universidad distinta y desde una disciplina diferente, desde la perspectiva expuesta en estas páginas, será contemplada como uno de los discursos que permiten darle sentido a esta forma de muerte y que está implicada en el proceso ritual de significación.

Se vio anteriormente que en la clasificación de la OMS (2014) se separan los riesgos colectivos de los individuales como niveles diferentes de interpretación. Sin embargo, para la investigación paralela, ambos serán considerados dentro del nivel de significación de un macrocosmos social, en el que los principales actores son la gente que está vinculada con el caso suicida igual que los relatos expertos. Mientras que el nivel del microcosmos de significación serán los relatos entregados por aquellas personas directamente afectadas por los actos suicidas: familiares, conocidos, amigos y las personas que viven el acto (suicidas). Pues, si bien se reconocen casos en que se puede llegar al acto suicida debido a estados psicopatológicos, la intención de esta investigación es ir más allá de esa clasificación psiquiátrica para procurar comprenderlo dentro de procesos sociales ritualizados que evidencian una situación colectiva, la expresión de ésta. Asumiendo que los jóvenes se

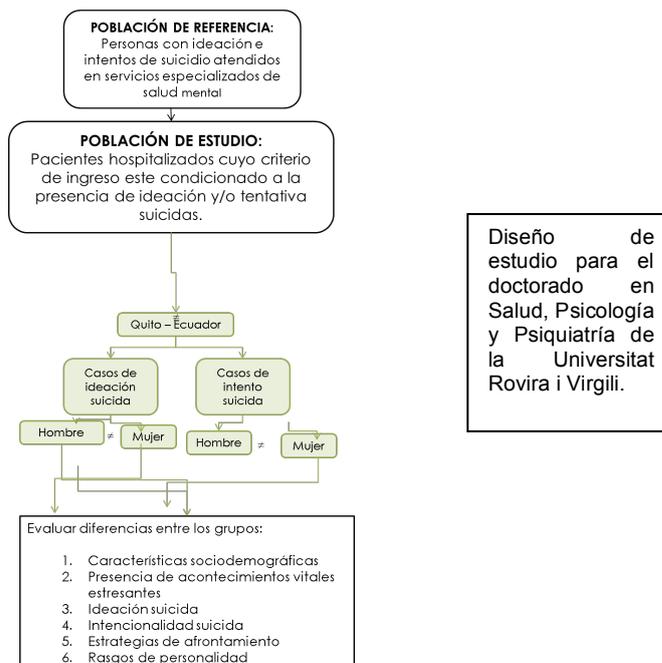
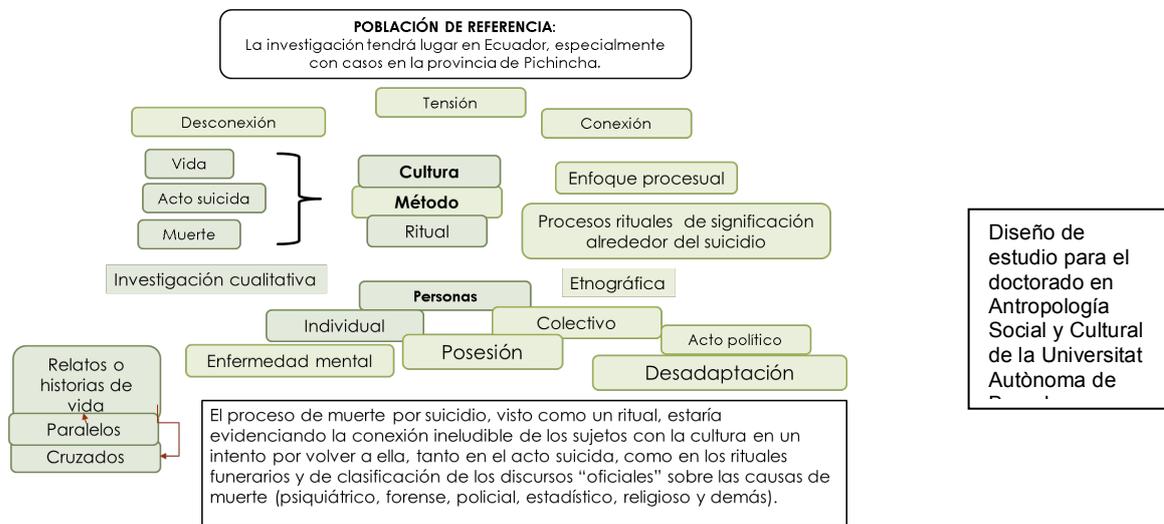
sitúan en un lugar existencial de vacío o de abrumadoras exigencias que los llevan a autoeliminarse, entonces entender el proceso suicida nos conduce a conocer algo más de las motivaciones psicosociales y más adelante podría servir para diseñar un programa de intervención en salud mental.



Hacer dos investigaciones paralelas implica mirar el objeto de estudio desde dimensiones separadas conceptualmente, pero que parten del mismo árbol, como se explicó. Es la oportunidad de poner en diálogo dos relatos disciplinarios, desde sus propias teorías y metodologías, considerando que implica a personas, cuyos problemas van más allá de las divisiones de disciplinas académicas. Cada estudio está apoyado por una beca y un programa doctoral distintos. Lo que los vincula es mi visión por pretender enlazar las dos áreas de conocimiento en beneficio de la comprensión del fenómeno del suicidio, así como que considera a cada explicación complementaria con la otra, sin poseer verdades absolutas o definitivas del tema.

De ahí que los relatos sean básicos en esta propuesta de investigación, puesto que permiten mostrar los contrastes de cómo se vive el tránsito de la vida hacia la muerte por suicidio; un intento de reconstrucción de fases en las que la sociedad quiteña (como parte de la ecuatoriana) procesa los actos suicidas. Retomando las investigaciones anteriormente citadas, ha sido posible establecer que el suicidio en el Ecuador es considerado, como en muchas otras partes del mundo, una forma de morir “diferente”, ligada a una percepción de

vida específica. Es decir, para comprender un poco más del tema del suicidio es necesario estudiarlo como parte de una existencia social cubierta por un entramado de significaciones otorgadas a la vida y que se transmite en un modo particular de enlace con actos de muerte y lo que estos representan. En tanto, el abordaje antropológico del suicidio consumado, por un lado, y el psicológico-psiquiátrico de a tentativa e ideación, por el otro son narrativas que forman parte de ese proceso de significación que deben leerse en conjunto y en relación.



Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

Las narrativas sobre estas significaciones al suicidio tendrán diferentes niveles y actores, que se encuentran en diversos espacios expositivos sociales: epidemiológicos, psiquiátricos, policiales, literarios, artísticos, periodísticos, mítico-religiosos, etnográficos, sociológicos, políticos, etc. Cada uno con exponentes a los que la sociedad reconoce como “expertos” y cuyos relatos ofrecen lugares de sentido al acto suicida. Un hecho que, aparentemente, inicia como rechazo a la vida cultural y a la existencia misma, a través de estos espacios y sus discursos, es reinstituído en el orden de la cultura y el sentido de la vida, porque parecería que es ésta la que conduce, paradójicamente, al camino de la muerte autoinflingida. No es posible abordar un tema de estudio de la muerte, si no se investiga la manera en cómo viven las personas y sus sistemas sociales, en este caso a partir de sus relatos.

Ambos estudios parten de dos supuestos: que hay diferentes formas de enfrentar la realidad entre hombres y mujeres, lo que hace que aparezcan conductas suicidas diferenciadas, considerando que los roles masculino y femenino se van construyendo socialmente y podrían diseñar esos tipos de enfrentamiento. Y que el suicidio y los sentidos que acarrea están dentro de un proceso ritual de significación. En este último aspecto, de manera panorámica, el estudio psicológico se observa como una ramificación del antropológico.

Para establecer más claramente mi supuesto de que los suicidios deben ser interpretados dentro de un proceso ritual (aunque en primera instancia no sean como el tipo seppuku de los japoneses) es necesario recordar que la muerte autoinflingida es una forma de muerte distinta a las demás. La muerte, cómo la concebimos, nos ofrece mucha información acerca de cómo se concibe a la vida en un contexto sociocultural particular, por ello se dirá que “se puede juzgar a un sistema de civilización por su modo de entender la muerte” (Chaunu, 1979: 109), pues está ligado a códigos de comprensión del mundo palpable y el cosmos espiritual. Porque “los modos con los que la muerte informa la vida y la ordena (y, a la inversa, cómo la vida invade la muerte y se prolonga sobre la imaginación de lo inmortal” se encuentran en el corazón mismo de lo social y lo mutable” (De Lara, 1999: 20). Vida y muerte son fases de la existencia humana como especie, porque somos los seres humanos quienes nos hemos planteado el problema de la muerte.

Para Jean Baudrillard la muerte es una instancia de lucha por dotación de sentido, recordando que hay varios tipos de muerte y estos van adquiriendo significación de acuerdo a la capacidad de conseguir un intercambio simbólico colectivo. La muerte “natural”, la que acontece dentro de lo esperado (por vejez o enfermedad) es en la sociedad occidental actual una forma de limitar ese intercambio, porque lo vuelve banal, como la consecuencia de un *suceso biológico*. Por el contrario, la muerte accidental,

inesperada, violenta o catastrófica permite la movilización de rituales colectivos que impactan al grupo, volviendo a la noción de “sacrificio” que permite el intercambio simbólico (1976). El suicidio es una muerte inesperada.

En una era de sobredimensión y sobrevaloración de la biomedicina y la ciencia (ingeniería) genética parecería que el ámbito de mito y rito, tanpreciado por los estudios antropológicos, ha caído en desuso. Pero es ahí, precisamente por ello y a propósito del suicidio, que la Antropología tiene un lugar de interpretación:

El papel de la antropología ante el determinismo biológico ha consistido en proponer una visión holística, centrada en el poder determinante o condicionante de las relaciones sociales, los procesos de la economía-política y los sistemas de pensamientos, representación y valores en este orden natural y en su manipulación científico-técnica (Martínez Hernández, 2008: 47).

Estudiar el suicidio dentro de un proceso ritual alude a moverse con ese papel más holístico. Se dice que la biología ha hecho de los cuerpos lugares de muerte en los que mito y rito no son capaces de liberarlos de una objetividad extrema que no alcanza el nivel simbólico. El rito y el mito liberarían, según Baudrillard, a esos cuerpos despojados por la ciencia de simbolismo (1976), es por eso que la muerte inesperada, sacrificial (el suicidio) lo convierte, con mayor razón, en un lugar que invita a la dotación de sentido, porque arroja una interrogante y es recibida por la sociedad, por el grupo como tal, para la inscripción de sentidos. Aunque el autor no trabaje directamente la muerte autoinflingida, es posible proponer una línea explicativa según la cual, en este proceso ritual, cada muerte violenta o por suicidio llama a la interpretación colectiva y por eso acapararía la atención de los *mass media*, por encima de otros tipos de muerte. De ahí que se hable de proceso ritual de significaciones otorgadas al suicidio, siendo éste mismo el agente de intercambio simbólico, en el que se depositan sentidos, pero que también retrata modos de concebir la vida en una sociedad determinada.

Por tanto, si se estudia el suicidio dentro de procesos rituales colectivos, que inciden en lo individual se podría acceder a los sentidos que lo generan. El proceso de muerte por suicidio, visto como un ritual, estaría evidenciando la conexión ineludible de los sujetos con la cultura en un intento por volver a ella, tanto en el acto suicida, como en los rituales funerarios y de clasificación de los discursos “oficiales” sobre las causas de muerte (psiquiátrico, forense, policial, estadístico, religioso y demás). Teniendo en cuenta que esos procesos contienen también actitudes atraídas hacia la muerte, aunque no lleguen a consumarlas (ideaciones y tentativas).

Como punto de partida considero que en el tema del suicidio el ritual es el acto más visible que nos permite comprender sus motivaciones. Desde mis estudios básicos psicológicos y la experiencia clínica, percibo que los suicidas aluden a sentimientos de desolación que los distancia (emocional o fácticamente) de su mundo cultural, el cual paradójicamente se retoma en el ritual suicida. La literatura psiquiátrica y psicológica nos advierte sobre varios componentes que podrían llevar a un individuo al suicidio: trastornos mentales (como depresión o esquizofrenia); consumo de drogas; situaciones sociales estresantes varias; etc. Si consideramos que principalmente se relaciona la depresión con el suicidio, es importante señalar que cuando un sujeto se encuentra en este estado presenta varios síntomas, entre ellos: pérdida de interés en todas o casi toda actividad, insomnio o hipersomnia, sentimientos de inutilidad, pensamientos recurrentes de muerte, etc. (criterios DSM IV). Éstos se asocian a un desprendimiento del placer por compartir la vida sociocultural cotidiana y en compañía de otro/s, un quiebre con el mundo cultural.

La persona emplea lenguajes y recursos de comunicación (cartas de despedida, los mecanismos empleados en el acto, etc.). Por ello, el ritual del suicidio es un indicio que nos dejan estas lamentables pérdidas para seguir su rastro e intentar entenderlo mejor para disminuirlo, en el mejor de los casos. El ritual es un medio de abordaje del tema en la presente investigación. Me serviré el estilo de análisis procesual del ritual que hace Víctor Turner.

Para un límite inicial del término "ritual" emplearé la conceptualización procesual de Víctor Turner en el análisis ritual. Pero, como el mismo autor señala, no es posible concebir el ritual como generador de armonía absoluta, pues en los contextos se producen conflictos. Cuando se representa o interpreta un ritual no desaparecen las pugnas entre grupos e individuos; a veces, el mismo ritual permite representar simbólicamente ese conflicto. En tanto el suicidio, visto como ritual, podría evidenciar los conflictos existentes en la sociedad. Mueve a la comunidad, la sacude. Es importante estudiar los rituales no solo como elementos para celebrar la vida. Los seres humanos también experimentamos la muerte y la expresamos en rituales.

Asimismo, existe el aporte de Renato Rosaldo (2000) quien propone modificar un poco los modelos clásicos del análisis científico-social, incluyendo la fuerza emocional de los actores que intervienen en una realidad social investigada, lo que él denomina la fuerza cultural de las emociones (2000: 23). Considera que es una metodología interpretativa adecuada para profundizar en cuestiones culturales. El autor resalta la injerencia de este tipo de análisis en el estudio de la muerte desde la antropología. Teniendo en cuenta la propuesta de Rosaldo,

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

además consideraría el uso de las narrativas como mecanismo válido para interpretar las realidades socioculturales desde distintos ángulos lo cual enriquecería una investigación de las implicaciones del suicidio en la vida comunitaria.

Por ello es importante el trabajo etnográfico, pero también desde otro nivel y actores de las narrativas: los familiares, los amigos, los conocidos y por supuesto, los propios suicidas. Es el nivel de los relatos a nivel de un microcosmos social, muchas veces invisibilizados, sin el cual, el macrocosmos de significación anterior, no sería posible, porque es donde se evidencia la eficacia o no de los sentidos generados colectivamente. Para lo cual también será importante registrar, las formas en que se expresan y están permitidas expresar las emociones de los distintos actores implicados en las significaciones otorgadas al suicidio. Por lo general, las emociones son negadas en el campo de exposición “experta” y por ejemplo son anuladas de registros como las estadísticas nacionales, científicas, económicas, de salud, etc. Se narra que la tasa de suicidio es del X%, pero en aquel nivel de representación se obvian las emociones detrás de esa estadística. Sin embargo, cuando se piensa en este proceso como fases rituales para significar el acto suicida, las emociones están presentes y forman parte esencial de la manera en que son vivenciados los actos de autoeliminación. Esto abre la posibilidad de “leer” al suicidio como un hecho de vida social, enmarcado en un universo cultural particular, que lo produce y moldea, al igual que los significados y los valores sociales otorgados.

Conclusiones

Los estudios etnográficos tienen el encanto de permitirse develar el mundo cultural de personas determinadas en un tiempo y espacio específicos, por eso su carácter holístico. Sin embargo, hay instancias de las realidades que deben ser trabajadas también desde otros enfoques. En mis épocas de estudiante había notado la fascinación de acercarse a la diversidad con la mayor apertura posible para desentrañar los sentidos de vida que la gente promueve consciente o inconscientemente. También avizoré la necesidad de diálogo con otras disciplinas y de experimentar con otras posibilidades explicativas, quizás por eso estudié paralelamente Psicología.

No son las disciplinas las que generan respuestas, ni tampoco el solo hecho de unir las. Tal vez sea el enfoque con el que se decide abordar una temática, el juego permanente de reflexión, ensayar conclusiones y la aceptación de que siempre serán parciales y contingentes. Pero mientras más se abran los caminos de indagación sobre el suicidio,

Número 4, Octubre 2015. N° 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

mayor será la capacidad social de enfrentarlo, pues se reconocerá el papel fundamental que tienen los vínculos con otros para prevenirlo. Se veía que muchos grupos humanos interpretan al suicidio como el resultado de una enfermedad o malestar, pero lejos de intentar ubicar el “gen” del suicidio o aislar el factor más nocivo para el apareamiento del “mal” (eliminar los métodos, los instrumentos con los que la gente suele matarse), lo que tal vez deberíamos hacer es aceptar que ese tipo de muerte forma parte de nuestras vidas y como sociedad la estamos fomentando.

Ya se verá en el futuro próximo qué resultados cuantitativos del estudio psicológico, cualitativos del antropológico, se logra obtener. Mientras tanto, habría que dejar que el mismo proceso de investigación vaya enseñando nuevas posibilidades explicativas del fenómeno del suicidio. Estudiar tentativa/ideación y suicidio consumado, desde una metodología cuantitativa estricta para resultados psicológicos y desde una cualitativa, etnográfica no es hacer doble trabajo, sino mirar el mismo fenómeno desde dos puntos (minúsculos frente a las realidades) diversos, pero interconectados por el supuesto de que el suicidio es multicausal y polisémico. Hacer dos estudios paralelos en un mismo lugar y tiempo, con una población y criterios teóricos, aparentemente, divergentes, permite tener una visión panorámica del tema, al menos en la ciudad de Quito, en la época actual.

Finalmente, recuerdo una novela irónica de Jean Teulé, *La Tienda de los suicidas*, sobre una familia, los Tuvache, dedicada por generaciones al negocio de suministro de productos para ayudar a quienes deciden acabar con su vida. Todos sus miembros son depresivos, odian la vida, pero tienen prohibido suicidarse, porque ¡nadie cuidaría de su negocio! El pueblo entero empieza a cambiar de a poco por el miembro más pequeño de los Tuvache, el “raro”, el “enfermo”, el “diferente”. Distinto porque es alegre, sonrío, le encuentra el lado amable a los problemas. Este chico termina transformando a sus familiares y a muchos habitantes del pueblo y cuando observa la felicidad y aceptación de la vida irradiada en los rostros de sus padres y hermanos, siente que ha cumplido la misión en el mundo y se suicida. Este súbito fin me hace pensar siempre en el papel de la Antropología: revelar la lógica de la diversidad (la normalidad es cuestión de percepción) y el de la Psicología: hacer todo lo posible por entender para “atender” y una vez que se refleja la solución en los rostros de las personas que acuden al “lugar de cura” de esta disciplina, pasar a segundo plano y soltar sus manos. Así, el estudio del suicidio desde dos perspectivas adquiere sentido complementario.

Bibliografía

Acción ecológica (2013). "Agrotóxicos continúan provocando suicidios en Wamani". Disponible en <http://www.agenciaecologista.info/soberania-alimentaria/474-agrotoxicos-continuan-provocando-suicidios-en-wamani>. Fecha de acceso 10 de agosto 2015.

Alighieri, Dante (2012 [1472]). *La divina comedia*. Contrapunto Sial. ISBN-13: 978-8415014973.

American Psychiatric Association, Ed. (1995). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: DSM-IV*. Barcelona: Masson.

American Psychiatric Association (2013). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders* (5th ed.). Washington, DC: Author.

Aparicio, Miguel (2008). *Los Suruaha: Universos Míticos y Miradas Etnográficas*. Tesis de grado. Disponible en <http://dspace.ups.edu.ec/handle/123456789/2281> Fecha de acceso: 13 agosto 2015.

Arias Eliezer et al (2010). "Una aproximación al entendimiento del suicidio en comunidades rurales y remotas de América Latina". *Estudios Sociológicos*, Vol. XXVIII, núm. 82, enero-abril, pp. 185-210.

Baudrillard, Jean (1980 [1976]). *El intercambio simbólico y la muerte*, Monte Ávila, Barcelona.

Campo, Lorena (2012). *Despedirse de uno mismo. Pérdida y duelo en enfermedades estigmatizantes. El caso de personas con Hansen*. Quito: Abya Yala.

Cátedra, María (2000). "El enfermo ante la enfermedad y la muerte", *Política y Sociedad*, 35, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense. Madrid, pp. 101-113.

Casa de la Cultura Ecuatoriana. Museo de instrumentos musicales Pedro Pablo Traversari. http://www.casadelacultura.gob.ec/?ar_id=3&mu_id=2. Fecha de acceso 2 de abril 2015.

Corpas Nogales, José Manuel (2011). "Social and cultural approach to the phenomenon of suicide. Ethnic American Indian communities". *Gazeta de Antropología*, 27 (2), artículo 33. ISSN-e 0214-7564.

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

Chaunu, Pierre (1979). *Memoria de la eternidad*, en De Lara Manuel (1999). *La muerte barroca: ceremonia y sociabilidad funeral en Huelva durante el siglo XVII*, Universidad de Huelva.

Brown, Michael (1986). *Poder, género y el significado social del suicidio Aguaruna*. Man, New Series, Vol. 21, núm. 2.

Dal Pozo, João (2000). "Crónica de uma morte anunciada: do suicídio entre os Sorowaha". *Revista de Antropologia*, 43(1): 89-144, Universidad de São Paulo, São Paulo.

De Lara Manuel (1999). *La muerte barroca: ceremonia y sociabilidad funeral en Huelva durante el siglo XVII*, Universidad de Huelva.

Durkheim, Emilie (1965 [1897]). *El suicidio. Estudio de sociología*. Buenos Aires: Schapire

Gutiérrez López, M^a Luisa (2010). Cross Cultural Psychiatry. Report of a case. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.*, 2010, vol.30, no.4, p.639-644.

Hagaman, Ashley K. (2013). "Suicide in rural Haiti: Clinical and community perceptions of prevalence, etiology, and prevention". *Social Science & Medicine*, 83, pp. 61-69. DOI:10.1016/j.socscimed.2013.01.032.

Hinojo Andrés, Gregorio (1998). "Suicidio: barbarismo y perversión", *Jueces para la democracia* Nº 32, pp. 12-13. ISSN 1133-0627.

Malinowski, Bronislaw (1986 [1926]). *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona: Planeta Agostini.

Martínez Hernández, Ángel (2008). *Antropología médica: Teorías sobre la cultura, el poder y la enfermedad*. Anthropos, Barcelona.

Metraux, Alfred (1943). *Suicidio entre los Mataco de la Argentina*. América Indígena, Vol. 3.

Müller, F. (2011). El "Efecto Werther" – Gestión de la información del suicidio por la prensa española en el caso de Antonio Flores y su repercusión en los receptores. *Cuadernos de Gestión de Información*, p65-p71. ISSN: 2253-8429

Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana. *Informe 2014*. <http://omsc.quito.gob.ec/>
Fecha de acceso 13 octubre 2015.

Pérez Barrero SA; Pelaez S. (2002). "La conducta suicida en las Sagradas Escrituras". *Revista Internacional de Tanatología y Suicidio* Vol 2. Nº 1, Marzo, pp. 7-9.

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

Rodríguez Mir, Javier (2006). *Los wichí en las fronteras de la civilización. Capitalismo, violencia y shamanismo en el Chaco argentino*, Quito, Abya Yala.

Rosaldo, Renato (2000). *Cultura y Verdad*. Quito, Abya-Yala.

Sáenz Rojas, Mario A. (2011). "Aportes para una epidemiología del suicidio en Costa Rica: un análisis de la primera década del siglo XXI". *Revista Ciencias Sociales*, pp. 131-132: 37-55. DOI: <http://dx.doi.org/10.15517/rcs.v0i131-132.3893>.

Sinyor, Mark (2013). "Last wills and testaments in a large sample of suicide notes: implications for testamentary capacity". *The British Journal of Psychiatry*, pp. 1–5. DOI: 10.1192/bjp.bp.114.145722.

Stack, S., Krysinska, K., & Lester, D. (2008). Gloomy Sunday: Did the "Hungarian Suicide Song" Really Create a Suicide Epidemic?. *OMEGA-Journal of death and dying*, 56(4), pp. 349-358. DOI: 10.2190/OM.56.4.c

Staples, J., & Widger, T. (2012). "Situating suicide as an anthropological problem: ethnographic approaches to understanding self-harm and self-inflicted death". *Culture, Medicine, and Psychiatry*, 36(2), pp.183-203. DOI 10.1007/s11013-012-9255-1.

Teulé, Jean (2009 [2007]). *La tienda de los suicidas*, Barcelona, Zeta.

Thomas, Louis-Vincent (1991). *La muerte: una lectura cultural*. Barcelona: Paidós.

Turner, Victor W. (1980 [1967]). *Símbolos en el ritual ndembu. La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.

Turner, Victor (1988). *El proceso ritual*. Madrid: Taurus.

UNICEF, Ed. (2012). *Suicidio adolescente en pueblos indígenas. Tres estudios de caso. Panamá*, UNICEF-IWGIA.

World Health Organization (2014). *Preventing suicide: a global imperative*. Geneva.

Zhang J1, Jia CX2, Wang LL (2015). "Testosterone differs between suicide attempters and community controls in men and women of China". *Physiol Behav*. 2015, pp. 40-45. DOI:10.1016/j.physbeh.2015.01.004.

Videos:

Julio Jaramillo canta "El alma en los labios".
https://www.youtube.com/watch?v=hBoo0yJ5_vE Fecha de acceso 3 de abril 2015.

"Gloomy Sunday" de Rezső Seress https://www.youtube.com/watch?v=DY5_I9xZZJs

Número 4, Octubre 2015. Nº 04/04. ISSN: 2014-5993

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/grafowp.17>

Megadeth “À tout le monde” <https://www.youtube.com/watch?v=RnGpPKQEeME> Fecha de acceso 3 de abril 2015

Black Sabbath “Suicide solution” <https://www.youtube.com/watch?v=kjRAXk5aUZQ> Fecha de acceso 3 de abril 2015

Sonido de la ocarina.

<https://www.youtube.com/watch?v=ceJJAQESAt&list=PL38C0585E100E8557&index=4>

Fecha de acceso 3 de abril 2015